

Miguel Otero Silva,

poeta y novelista

Escribe: GERMAN VARGAS

“La poesía latinoamericana ha tenido dos revelaciones de extraordinaria importancia y trascendencia: una con Darío, Silva, Lugones, con el modernismo que logra conquistar a España y, posteriormente, otra tan importante y contra el modernismo (vanguardista, ultraísta, como quiera denominarse), encabezada por tres poetas universales: Neruda, Huidobro y Vallejo. No ha habido después el aporte de una nueva insurrección de esa envergadura, a pesar de las muy interesantes convulsiones de los últimos tiempos. Sin negar que existe una nueva poesía palpitante y viva, no creo que ella haya planteado una revisión sustancial ni del surrealismo ni de lo que significan Neruda, Huidobro y Vallejo”.

Las anteriores consideraciones fueron hechas por el poeta venezolano Miguel Otero Silva, en visita reciente a Bogotá. Otero Silva es un escritor activo que ha escrito siete libros de poesía, cuatro novelas, cuatro libros de ensayos y una farsa humorística, lo que totaliza diez y seis libros en treinta años de labor.

Sus libros de poesía son los siguientes: *Agua y cauce* (México, 1937), *25 poemas* (Caracas, 1942), *Elegía coral a Andrés Eloy Blanco* (Caracas, 1958), *Sinfonías tontas* (Caracas, 1962), *La mar que es el morir* (Caracas, 1965), *Umbral* (Caracas, 1966) y *Poesía* (Caracas, 1966). Esta última es una antología muy completa y bien editada, con selección, prólogo y notas de José Ramón Medina; en ella los poemas aparecen primero los más recientes y después los más antiguos, en riguroso orden de adelante hacia atrás.

En la poesía venezolana, Otero Silva hace parte de la generación de 1928, nacida bajo el signo de la rebelión lírica y de la protesta social. Antes había escrito sus primeros poemas, obra de extrema juventud, a los quince años. El lenguaje en ellos es todavía inseguro, pero ya deja sentir una voz sinceramente conmovida y un interés, que no le abandonará nunca, por el acontecer humano. Hay en esos poemas, anota un crítico: “dos de los elementos sustantivos de lo que será el estilo y la fuerza ori-

ginal del poeta: la audacia y el brillo metafórico de raíz autóctona y el vigor de la denuncia colectiva". Se observa ya el arrollador empuje de una personalidad lírica que mostrará la plenitud de esas tendencias en *Agua y cauce*, donde a la par de un tono vanguardista en lo formal, hay también la expresión de la realidad social y política de su tiempo.

Las *Sinfonías tontas*, escritas en diversas fechas, integran sus poemas humorísticos. Tienen una calidad elevada y un humorismo equilibrado, de fina ley. Es Otero Silva uno de los mejores poetas humorísticos de Venezuela y de América Latina.

La *Elegía coral a Andrés Eloy Blanco*, traducida al francés y publicada por las "Ediciones Pierre Seghers", es la obra total, en plena lucidez creadora. Escrita quince años después de su libro anterior, es obra de gran calidad lírica y marca el ingreso del poeta a una resonancia más universal.

En 1965, da a conocer uno de sus libros capitales: *La mar que es el morir*, en una preciosa edición ilustrada por uno de los mejores pintores venezolanos: Mateo Manaure. En él, Otero Silva desarrolla el tema de la vida y de la muerte; el resultado es admirable. Finalmente, en 1966, publica *Umbral*. Allí la preocupación social del poeta adquiere ámbito universal y los poemas que integran el libro (*Uranio 235*, *La poesía*, *La infancia*, *Los hijos*, muestran cómo su voz logra una más densa y directa expresión.

Si bien Miguel Otero Silva se considera a sí mismo mejor poeta que novelista, ha publicado exce-

lentes novelas que han alcanzado buenos éxitos de crítica y de público y han sido traducidas a los principales idiomas modernos. En una de nuestras charlas sobre el auge de la novela latinoamericana, Otero Silva fijó su opinión en estos términos:

"No creo que lo actual sea un nuevo movimiento novelístico de generación espontánea, sino el resultado de una evolución lógica, rapidísima y prodigiosa. No debe olvidarse que la novela latinoamericana es muy joven. Nació hace apenas 150 años con *El periquillo sarniento*, del mexicano Fernández de Lizardi. Durante la Colonia estaba prohibido escribir novelas, pues eran consideradas "fábulas mentirosas y vanas". En siglo y medio, la narración latinoamericana se ha colocado a la vanguardia en el panorama universal del relato. Considero de mucha importancia los grandes frescos novelísticos de comienzos de siglo (Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera, Ricardo Güiraldes, Mariano Azuela). Ellos introdujeron el paisaje americano como reacción contra los temas, ambientes y estilos europeizantes de la novela del siglo XIX. Después viene la interpretación del relato con sentido muy moderno y raíces surrealistas, en muchos casos, con la asimilación de las enseñanzas de James Joyce y de Franz Kafka y de toda la novelística europea más moderna. Pioneros altísimos de esta etapa son el argentino Jorge Luis Borges, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, el colombiano Jorge Zalamea, el peruano Ciro Alegría. Todos estos antecedentes explican la nueva narrativa latinoamericana que tiene hoy gran vigencia en el mundo: Alejo Carpentier, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez,

Juan Rulfo, Carlos Fuentes. La crítica europea los trata hoy como a novelistas que serían valores indudables en cualquier lugar del mundo. Este tema daría para una conferencia de tres horas”.

A una nueva pregunta, Otero Silva precisó así sus conceptos: “Hay dos características esenciales que dan fe de la autenticidad de los nuevos narradores latinoamericanos: la preocupación explícita e implícita por el hombre y su destino, por el hombre latinoamericano, que tiene su raíz en los grandes viejos maestros de nuestra novelística, y la forma un tanto o un mucho barroca, deslumbradora, rica y sorprendente en la adjetivación, que tiene su raíz, más lejos todavía, en los cronistas de Indias, que fueron —en el tiempo— los primeros escritores de Latinoamérica”.

Miguel Otero Silva ha publicado los siguientes libros de novela: *Fiebre* (Caracas, 1939), que lleva cinco ediciones, entre ellas una con prólogo del escritor colombiano Armando Solano, y ha sido traducida al alemán y al ruso; *Casas muertas* (Buenos Aires, 1955), tres ediciones y traducciones al francés, al italiano, al ruso, al búlgaro, al checo y al sueco; *Oficina N° 1* (Buenos Aires, 1961), traducida al checo y *La muerte de Honorio* (Buenos Aires, 1963), traducida al ruso.

Fiebre manifiesta ya la garra del narrador, a pesar de ser una novela desbocada. En ella se aprecia su pasión de novelista que anuncia su vigor y su fuerza, atemperados por un sostenido tono lírico. Es la estampa de la lucha rebelde de su juventud. Un canto en prosa a la desesperada y hermosa aventura de un grupo de jóvenes en busca de un mundo mejor.

Casas muertas es ya una novela sobria y completa. Un hermoso libro que narra la ruina de un pueblo, de un pequeño pueblo venezolano, y de la vida de sus moradores. Es la historia patética de una decadencia. Sus personajes son nobles y amables y el principal, Carmen Rosa, se gana la simpatía y el afecto del lector.

Oficina N° 1 es como una prolongación de *Casas muertas*. Pero el escenario cambia y ya no es el viejo pueblo llanero casi extinguido sino el campamento petrolero donde comienza a forjarse un caos pleno de posibilidades creadoras, del cual saldrá la nueva Venezuela. En este libro reaparece Carmen Rosa Villena, la mujer tan mujer, a quien ya conocíamos en *Casas muertas*. *Oficina N° 1* refleja, además, la transformación del país, el progreso accidentado de su sociedad, de su desarrollo como nación, de su rico presente.

La más reciente novela de Otero Silva es *La muerte de Honorio*, es una narración con un tremendo e impresionante tono de veracidad. Sus personajes —el médico, el periodista, el tenedor de libros, el barbero, el capitán— son cinco prisioneros políticos que “no hablaban” y que padecen sufrimientos escalofriantes. La trama es coherente, los personajes apasionada y apasionadamente humanos, con una psicología nítida y clara que van delineando ellos mismos. Otero Silva advierte, al iniciar esta novela, que los personajes y el argumento son imaginarios, pero que las torturas narradas son verdaderas y fueron padecidas por venezolanos de carne y hueso en los años inmediatamente anteriores a 1958.

A una pregunta sobre cuál considera la mejor entre sus novelas,

el escritor venezolano dice: "Los escritores somos siempre malos críticos de nuestra propias obras. Pero la que ha tenido, entre mis novelas, mayor éxito de circulación, de crítica y de traducciones, es *Casas muertas*, que ganó el premio nacional de novela, y después el premio nacional de literatura. Se ha hecho, pues, de *Casas muertas* una novela consagrada por la crítica como la mejor de las mías y sería una "boutade" que yo dijera que la mejor es otra. Sin embargo, uno de los más perspicaces escritores venezolanos, Mariano Picón Salas, sostenía que era superior *Oficina N° 1* y, al morir, estaba escribiendo un libro para

demostrar su tesis. *Oficina N° 1* es la que ha circulado menos".

Expreso a Miguel Otero Silva que estoy identificado con Picón Salas en su apreciación y al preguntarle sobre la novela en que está trabajando ahora dice: "Estoy escribiendo una novela sobre los problemas de la juventud venezolana en su conjunto: la guerrilla, la delincuencia juvenil, los niños bien. La rebeldía juvenil con o sin causa. No será, desde luego, una novela de tesis ni pretenderá demostrar nada. No contendrá mensaje ni será pedagógica, ni tendrá moraleja. Será una novela nada más y me está costando mucho trabajo".